





## III

Más Dios que los orbes crea,  
conjura la destrucción,  
otorgándonos el don  
del sentimiento y la idea.  
Mientras la incensaria tea  
abrsa á la Humanidad,  
con divina claridad  
alumbrando en su orror al hombre  
un nuevo sol, cuyo nombre  
es la santa Caridad.

Bendito el sencillo emblema  
que con purísima luz  
bafa aquel astro: la Cruz,  
palabra que es un poema!  
Bendito el cristiano lema  
en su madero esculpido,  
es rojo, porque han servido  
para darle ese color,  
la sangre del Redentor  
y el llanto del afligido.

La Humanidad va aprendiendo  
á combatir sus pasiones  
y á salvar los corazones  
de ese vértigo tremendo.  
Dolo, envidia, choque, estruendo...  
¡qué insensata paradoja!  
pero en la amarga congoja  
de este luchar infucundo,  
algo bueno tiene el mundo,  
cuando existe la Cruz Roja!

ELOY P. BUXÓ.

## POLÍTICA DEL HAMBRE

(MEMORIAS DE UN FUSIONISTA)

POR

LUCRECIO MÉSTON

## CAPÍTULO VII

CLAUDIO Y SU AMIGA LLEGAN Á ZARAGOZA

Ahora mismo me admiro de cómo á la edad de diez y siete años no cabales, tuve valor para hacer una retirada estratégica tan rápida y prudente.

Fidela estaba toda azorada, y con voz temerosa me preguntaba, mientras yo sacudía mi latiguillo para acelerar la carrera de nuestra cabalgadura:

—Pero, Claudio, adonde vamos ahora? ¿qué piensas hacer?

—Hija, no te aceleres, le contesté, con dinero y un caballo se va á cualquier parte. Había yo de consentir que nos soplaran en la cárcel? Es muy hermosa la libertad, y ya tenía ganas de disfrutarla por completo.

Corrimos, corrimos hasta que el caballo dijo que no corría más. Entonces, satisfecho de que nadie nos perseguía, porque no se oía el más ligero ruido en el silencio de la noche, le dejé marchar al paso, y advertí que aún esto lo hacía de mala gana.

—Mira, le decía á Fidela cuando ya nuestra marcha era sosegada, dentro de dos ó tres días, que ya estaremos muy lejos de ese maldito lugar, venderemos el caballo, que no faltará quien lo compre, y con el dinero que nos den, y los cincuenta duros que tienes ahorrados, y yo llevo en el bolsillo, en cualquier parte nos estableceremos cómodamente, sin el sobresalto de que un Hércules nos mande á latigazos ni nos obligue á bailar en la maroma.

—Tienes razón, Claudio, eres hombre de mucho discurso, me contestó. Creo que nos pasaremos buena vida.

Quiso nuestra buena estrella que al ser de día tropezáramos con un rancho de gitanos que acampaban al lado de una venta á dos pasos de la carretera. El caballo se negaba á seguir adelante, y tomé el buen acuerdo de hacer jornada en aquella venta, porque el sueño nos vencía.

No fué tan pronto echar pie á tierra, cuando nos rodearon tres ó cuatro gitanos á quienes se les iban los ojos tras de nuestro rocín.

—Mocito, me dijo el más viejo, ¿vende V. ese estandarte? —Cómo estandarte! contesté, es un famoso caballo que no tiene precio.

—Pero señor, alegó otro, si no puede con la bula. Yo no sé para qué lo querrá mi compadre: como no sea para poner fábrica de fundillas.

—Es capricho, dijo el otro: para nada sirve, pero yo daré por él de contado veinte duros: las crines se pueden aprovechar para hacer ballestas de esas que se usan para coger pájaros.

—Si V. lo quiere, le dije, no ha de costarle menos de cuarenta duros.

—Cuarenta duros! Si me diera V. encima esa buena moza, no digo que no.

—Vamos, si al compadre se le ha antojado la bestia, interrumpió otro, no hay que gastar palabras: valga mi palabra honrada y partamos la diferencia. V. le da treinta napoleones, tío Zapata, y lo que V. dé menos lo abono yo, que á mí nadie me deja feo cuando cierro un trato.

—Has hablado tú, Bartolán, y basta; más es el jameigo en los treinta duros y el señor paga el alboroque.

—Poco á poco, replicó yo, la silla, el cabezon y las bridas valen cualquier cosa y me las ha de pagar V. aparte.

—Quite V. allá, criatura, ¿pues había yo de tratar del caballo sin el atalage? Todo entra en el trato; pero en fin, para que vea V. que no soy roñoso, el alboroque lo pago yo: vengan esos cinco.

Sin saber cómo, me encontré con que había vendido el caballo, casi contra mi voluntad, y seguramente en la tercera parte de lo que valía. Entregué al jameigo, tomé los treinta duros, y perdoné mi parte del alboroque, porque no pensaba en otra cosa que en dormir, y mi compañera lo mismo que yo, se caía de sueño.

De buena voluntad, y por nuestro dinero, nos dió el ventero un cuarto donde dormimos de una tirada lo menos veinte horas: tal era el cansancio que teníamos.

Cuando me levanté pude ver por la ventana que los gitanos habían levantado el campo.

Mandé que nos arreglaran algo de comer, y cuando hu-

bimos satisfecho aquella necesidad, llamé al ventero antes de emprender de nuevo camino y le di un duro para que se cobrara el gasto. Tomó el hombre la moneda, la miró y la sonó sobre una mesa y me dijo:

—Este duro es falso.

—Es falso!... exclamé. Cómo? Si es de los que me han dado los gitanos?...

—De los gitanos? No digas más, hijo, todos serán iguales.

—Cómo? habrán sido capaces de semejante villanía?

—Los gitanos son capaces de todo: ¿á quién se le ocurre fiarse de esa gente?

Todo asustado vacié sobre la mesa el bolsillo donde tenía los treinta duros que había recibido por la venta del caballo. El ventero fué examinándolos uno por uno, y por fortuna mía no resultaron falsos más que doce.

—Has tenido suerte, muchacho, dijo mi huesped. Se conoce que no tenían más moneda falsa, cuando te han dado diez y ocho duros buenos; es una verdadera casualidad, por la que debes dar gracias á Dios.

Yo debiera haberme apesadumbrado al ver que los gitanos me habían robado doce duros; pero considerando que casi debía agradecerles el que no me hubieran robado el resto, tuve que alegrarme. Empezaba á ser filósofo.

Por el ventero supe que estábamos á ocho leguas de Zaragoza, y como aquella misma mañana acertara á pasar por la carretera, deteniéndose dos horas en la venta, un carro que iba á la invicta ciudad, propuse á su conductor que nos llevara á Fidela y á mí, en lo cual no tuvo dificultad, mediante el pago de cuatro pesetas por cada uno.

Aquella noche hacíamos nuestra entrada en Zaragoza, y nos hospedamos en una posada situada en una de sus calles más concurridas. No habíamos adoptado ninguna resolución acerca de nuestra manera de vivir, ni el porvenir nos preocupaba. Teníamos sesenta y seis duros de capital; ¿quién se preocupa de lo que puede suceder teniendo tan considerable fortuna? Gastar y vivir alegremente era nuestro único pensamiento, porque nos figurábamos que nuestro dinero no podía acabarse.

Lo primero que se nos ocurrió cuando amaneció el día, fué que personas de nuestro rango necesitaban vestirse con más lujo del que llevábamos, porque en efecto, de ropa estábamos bastante mal. Cerca de la posada tenía en tienda un prendero que puso á nuestra disposición sus almacenes. Fortuna fué para nuestro bolsillo que la ropa que vendía el modesto comerciante, era ya usada, aunque de buen ver, y por poco más de quinientos reales nos vestimos Fidela y yo de los pies á la cabeza, y el uno al otro nos encontramos seductores, después de ataviados con aquel lujo.

Vivir en una posada nos pareció indecoroso para personas de nuestro porte. El prendero nos informó de una casa de huéspedes donde nos dijo que estaríamos como unos príncipes, mucho más presentándonos en su nombre y con su recomendación, pues la patrona era parienta suya. Llegó su obsequiosa amabilidad hasta el extremo de hacer que nos acompañara á la casa un chico que tenía en la tienda.

Cuando nos presentamos á la patrona y le dijimos que necesitábamos un cuarto decente con su correspondiente cama, nos miró con cierta curiosidad.

—Son Vds. marido y mujer? nos preguntó.

—Claro, señora, á la vista está, le contesté yo.

—Disponse V. si mi pregunta le ha parecido indiscreta. Como los he visto tan jóvenes, no pude figurarme al pronto que estuvieran casados. Les daré un hermoso cuarto con su alcoba que es lo mejor que tengo en mi casa, y lo reservo para matrimonios bien acomodados.

Nos dijo además que si comíamos con los otros pupilos que tenía en mesa redonda no nos cobraría sino cuatro pesetas de hospedaje por los dos, y que no encontraríamos en Zaragoza casa más decente ni más barata, ni donde estudiáramos mejor servidos; pero que tenía por costumbre cobrar por quince días adelantados ó mejor por meses.

—En eso no hay dificultad, le dije yo; pagaremos el mes.

Y en efecto, apenas nos instaló en nuestra habitación, que era bastante modesta, le entregué veinticuatro duros que era el precio de nuestro hospedaje por una mensualidad.

Diez personas nos sentábamos á la mesa del comedor: entre ellas no había más que dos señoras de edad ya madura, y Fidela que era la única joven. Los otros siete pupilos pertenecíamos al sexo feo, y casi todos eran jóvenes.

Había entre nuestros compañeros un teniente de infantería, de retorcido bigote y gallarda apostura. Desde el primer día lo vi muy obsequioso con Fidela: él la ofrecía con la punta del tenedor las aceitunas más gordas, él la servía vino, y á los postres le ponía en el plato lo mejor de la fruta, y confieso que al principio esto me impacientó. No hay que extrañarlo; mi educación era harto descuidada, y como no tenía trato de gentes, ignoraba que en todas partes, pero especialmente en la mesa, los caballeros bien educados deben ser obsequiosos y galantes con las señoras que tienen cerca, y que esta obligación se cumple con mayor gusto y esmerulidad, cuando se trata de una linda joven, y mas si tiene unos ojos tan expresivos como los de Fidela.

—No es verdad, me dijo ella cuando estuvimos solos por la noche, que es buen mozo y muy amable ese señor oficial?

—Será lo que dices, le contesté; pero á mí me parece muy cargante, y si hemos de tener paz, te ruego que mañana le des á entender que te molestan sus zalamerías.

—Pero si no me molestan, Claudio.

—Me molestan á mí y basta. Dile que estamos casados, que eres mi mujer.

—Bueno, se lo diré aunque no entiendo de eso: no te incomodes.



LOS MAMARRACHOS POLÍTICOS

## III

EL MORRION Y LA POLTRONA

Permítame lector carísimo, que te presente un nuevo mamarracho. El tal, se llama Pedro Perez Perona, y fué ministro después de haber sido demagogo furibundo, y millonario nacional con morrion y todo.

—Morrion!... Esta tapa de la tapa de sus sesos, llegó á ser

su pesadilla! En un tiempo la amaba con delirio, pero luego la aborreció!

Indicente morrion, digno de mejor suerte! ¡Para que Pedro Perez se encaramase hasta la poltrona, le serviste de escabel, y luego fuiste relegado á un desván! Allí, entre tarimas apolilladas, y otros trastos inservibles, dormitabas durante largos años!

¿Quién había de decirte, morrion de seis palmos de altura, que tu amo y señor había de ser tan ingrato!

¡En otro tiempo, antes de llegar á la codiciada poltrona, te cuidaba con esmero, soportaba tu peso sobre su cabeza, y salía por esas calles de Dios á rendir corazones de hembras democráticas, y á engañar patriotas inocentes!...

¡Hoy... Pero procedamos con orden.

Era el 4 de... del año de...

El himno de Riego, ese himno alarmante y entusiasmador, que lo mismo que los morriones de la milicia nacional, va haciéndose cada vez más viejo, sonaba en las calles de la capital de España. La libertad estaba enferma, y sus defensores, después de haberla dado un caldo, se habían echado á la calle.

Pedro Perez lanzaba chispas por los ojos. Con el morrion derribado hacia la izquierda, coloreadas las mejillas, y trémulo el labio se unió á su compañia. Era cabo segundol...

¡Vive Dios! ¿y qué gallardo estaba! Una triplicallera de la calle de la Esperancilla, le llamó salado, y cierta chula, esposa de un distinguido tomador del dos, le dijo que le hacía tilín.

A todo esto, los tímidos cerraban puertas y ventanas, y las mujeres hacendosas compraban bacalao y garbanzos para algunos días. Los patriotas habían dicho que iba á arder Madrid, y á correr sangre humana en abundancia.

Por fortuna no fué así, y no corrió más líquido que una respetable cantidad de vino tinto, y de bala rasa, vulgo aguardiente de Chinchón.

Aquietáronse los ánimos, abriéronse de nuevo las puertas, y la enferma se restableció por completo, sin necesidad de apelar á más revulsivos, que á un decreto que derribaba al gabinete; ó alcoba anterior, dando entrada á otro más liberal, pero qué liberal!

Así las cosas, Pedro Perez *trinyó* no sé en qué distrito, y fué diputado. Desde que tomó posesión en el Congreso, empezó á aborrecer al pobre morrion, y ordenó á su esposa que lo colocase al lado de cierto mueble que suele estar debajo de la cama.

Pasaron algunos meses, y hubo crisis. Pedro era muy popular, había enronquecido muchas veces en pro de la libertad y sabía tocar el pífano. Pueden pedirse mayores merecimientos en España para obtener una cartera!...

Pero la obtuvo, y asombró al mundo con sus discursos. Pero, cómo han cambiado los tiempos! Pedro tronó contra la prensa, calificó de brutos á sus antiguos compañeros, y llamó pueblo bajo é infivil á los mismos que habían contribuido á su encumbramiento.

Lo que más le irritaba, lo que le sacaba de quicio, era que la prensa le dijese que no sabía usar el frac, y que los periódicos satíricos presentasen su caricatura con el consabido morrion. Por borrar esto de su historia hubiera dado un mes de paga, y cinco de los treinta siete muelles que hacían más cómoda su poltrona.

Pero no era posible que la prensa satírica olvidase sus antecedentes y su inconsecuencia. Para aumentar sus disgustos, un dibujante mordaz sacó á la plaza unas aleluyas referentes á su vida y milagros. Las tales aleluyas eran malitas poéticamente hablando, pero en cambio tenían la intención de un toro de Miura. En prueba de ello, véase la clase:

Cambió el morrion Perona,  
por una hermosa poltrona.

Viste frac, y una gran placa,  
y una bordada casaca.

Pero aun cuando gaste seda,  
la mona, mona se queda.

Su gravedad, yo discurro,  
es la gravedad del burro.

Rtc....

Fuese acostumbrando Perico á esas y á otras cosas por el estilo, y al cabo de medio año le entraban las predicciones por el oído derecho, y le salían por el izquierdo. Creíase hombre importante, no se reía jamás, y estaba persuadido de que su nombre pasaría á la posteridad. ¡Ay! ¡cuántas y cuántas veces había pasado ya á la parte posterior!...

Hasta cierto punto no le faltaban razones para creerse un grande hombre: siete reyes extranjeros habían adornado su pecho con bandos y vendajes, y estaba condecorado además con el boton de mandarín, y con el elefante de las patas de palo. Le había acometido la monomanía de las condecoraciones, y cuando se enroscaba en su refulgente uniforme, no teniendo en éste pecho bastante para ponerse cruces, se las colgaba en la espalda. ¡Qué envejecido estaba, qué coqueton y qué mono! Hubiera deseado ser bajá de tres colas, porque estando arrimado á una idem, le faltaban dos.

Como nada es duradero en este pícaro mundo, Pedro Perez cayó, víctima de una crisis. El, solamente él fué el sacrificado, pues sus compañeros quedaron de pie como los ratos. Si respecto á ellos se hubiera consultado el corazón de Perico, pudieran haberse visto grabadas en aquel corazón estas palabras: «Odio y envidia á mis compañeros!...»

Bien dice el refrán, que del árbol caído todos hacen leña. Pedro había hecho mucho dano durante su dominación, y las víctimas de sus arreglos oficinescos se ensanaron más y más contra él, apenas le vieron caído. Los cesantes le detestaban, las viudas y los huérfanos le maldecían: las voces de unos y otros sonaban sin cesar en su oído, con eco lúgubre y aterrador.

Aquellos lamentos y maldiciones llegaron á ser su pesadilla.

No podía conciliar el sueño, y si alguna vez, presa de horrible insomnio, cerraba los ojos, creía ver grandes masas de cesantes y viudas.

Nos ha suprimido! le gritaban los primeros. Al limpiarnos el comedero, nos has dejado por patrimonio el hambre y la desesperación!...

—Maldito seas! exclamaban las viudas y los huérfanos ¡Por tu causa han muerto aquellos que nos alimentaban, y á quienes has tenido á bien declarar cesantes, para colocar en sus puestos á tus paniaguados! Maldito, maldito seas!...





Genealogia de un señor muy conocido,  
por su nombre y apellido.

Ayuntamiento de Madrid



